

5

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. DR.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
- GRANADA -
Sala C
Estante 104
Número 2(5)

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. DR.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

LEIDO ANTE LA

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
DE GRANADA,

EN LA SESION PÚBLICA CELEBRADA EL 29 DE MAYO DE 1864,

POR EL DOCTOR

D. FRANCISCO BERMUDEZ DE CAÑAS DE LA TORRE,

CANÓNIGO DE LA INSIGNE IGLESIA DEL SACRO-MONTE, COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA

ÓRDEN DE CARLOS III, PREDICADOR DE S. M., ETC., ETC.

Impreso por acuerdo y á expensas de dicha Sociedad.

GRANADA.

Imprenta y librería de D. Francisco Ventura y Sabatel.

1864.

Á LA

Real Sociedad Económica.

Faltaría al deber sagrado de la gratitud, si al imprimir este pequeño trabajo, no le ofreciese como testimonio de respeto á esa ilustrada Corporacion, suplicándole le acepte como prueba de adhesion á sus instituciones, que le tributa el menor de sus Socios

2. B. S. M.

Francisco Bermudez de Cañas.

EXCMO. SR.:

CUANDO el viajero visita las ruinas de una de esas ciudades de la antigua Grecia, centros un día de riqueza, de saber y de cultura, que arrolló en su violento curso la ardiente lava de las revoluciones; cuando estudia los restos de uno de sus grandiosos palacios, de uno de sus obeliscos, de alguno de sus fastuosos monumentos, páginas brillantes que recuerdan las glorias, el patriotismo y las virtudes de una y cien generaciones de héroes, dos grandes ideas asaltan el espíritu y le preocupan; la tristeza y el entusiasmo. El alma siente honda pena al ver disipada tanta grandeza, tanta majestad y poderío, cual se evapora el perfume de la flor temprana á los primeros influjos de un sol ardiente; pero la admiración y el entusiasmo inflaman la fantasía, y el viajero, recogiendo las flores de los gloriosos recuerdos que brotan de sus hacinados escombros, teje con ellos una guirnalda preciosa; y al depositarla sobre aquella inmensa tumba, la baña con el llanto de la gratitud, mientras sus labios murmuran una plegaria al Eterno. No de otro modo cuando recorriendo la inteligencia el vasto campo de la Historia halla el sepulcro de uno de esos esclarecidos varones, de esos eminentes ingenios, honra y prez de la literatura y de las ciencias, áncora de las instituciones monárquicas, verdaderos patricios que

con abnegacion y heroismo defendieron, al par de su nacionalidad é independecia, su religion y sus tradiciones, un sentimiento de amargura oprime el alma, al ver que la muerte secó con su helado soplo el árbol majestuoso á cuya sombra crecia robusta la civilizacion de un pueblo. Pero á poco brota de los labios un cántico, y una lágrima humedece la pupila; ¡ah! es el perfume que el alma, postrada sobre la tumba, eleva á las mansiones de lo infinito, protestando la inmortalidad de otra alma á quien ofrece como tributo la admiracion, el entusiasmo y el amor.

Ved, Señores, descritos los sentimientos que en este instante ocupan mi corazon; ved por qué al depositar una corona sobre la tumba del hombre eminente, cuyo talento y cuyas virtudes honra hoy y enaltece esta Real Sociedad, al desempeñar tan delicada mision, sin otro título que el de vuestra indulgente benevolencia, siento acrecentarse mi pequeñez progresivamente. Solo una idea me inspira confianza; es tan grandioso el objeto, arrebató tanto las simpatías de muchos de vosotros, que aun cuando bajos los coloridos y toscas las pinceladas con que os le presente, siempre descubrireis en él su colosal y gigantesca figura. Aun mas: quizá publicando las eminentes dotes de un célebre publicista, de un sabio jurisconsulto, de un profundo filósofo, de un sagaz y prudente político y de un distinguido vate, logre inflamar algunas inteligencias, que despues de recoger en multiplicadas vigiliass la ciencia de Dios, del hombre y de la sociedad, se eleven cual verdaderas eminencias en medio de nuestro suelo; y desarrollando los preciosos gérmenes de vida intelectual y moral que en sí atesora, muestren á la faz de la Europa y del mundo, que España puede ser hoy, como en época mas venturosa, el emporio de las ciencias y las artes, la enseña de la civilizacion, la epopeya del progreso.

Alentado solo por la nobleza y sinceridad de estos sentimientos, me atrevo á ser el intérprete del homenaje profundo que hoy tributa la Real Sociedad de Amigos del País de Granada al eminente sabio y honrado patricio Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, que á los excelsos timbres del Toison de Oro, Gran

Cruz de Cárlos III, de Cristo de Portugal, de la Legion de honor de Francia, de Pio IX, del Leon de Bélgica, de San Salvador de Grecia, del Cruceiro, de San Genaro de Nápoles, de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña y del Nishan de Turquía; á la Presidencia del Congreso y de la Academia española y Vicepresidencia del Consejo de Estado, y á los distinguidos puestos que ocupaba en todas las Sociedades científicas y literarias, así nacionales como extranjeras, unió siempre, cual uno de los títulos de mas valía para su corazon, el de Socio de Número, que en 25 de Enero de 1833 le confirió esta Sociedad, escasa recompensa de su reconocido talento, mérito nada comun y amor á nuestras instituciones. No temo merecer, al bosquejar su elogio, la nota de exagerado; la voz pública se ha anticipado á la mia: más bien creeré ser digno de la censura de no haber expresado, cual cumple, el sentimiento y la admiracion de esta ilustrada Sociedad. Señores: la ciencia en sus multiplicadas relaciones, la política con sus agitaciones y turbulencias; hed ahí el dilatado campo donde Martinez de la Rosa, con su talento inmenso, su clara inteligencia é imaginacion ardiente, logró conquistar los laureles que trasmitirán á la posteridad su nombre, envuelto entre torrentes de oro.

Nacido á los diez dias del mes de Marzo de 1787, bajo el cielo de la Andalucía, de ese país donde todo es vigoroso, sol, naturaleza y almas, las suaves brisas de nuestra perfumada Ciudad corrieron á posar sobre su cuna la grata esencia de sus cármenes. La naturaleza, Señores, queria embalsamar la primera aspiracion del genio destinado á cantar con dulce y arrebatador acento su belleza, su galanura y esplendor. Granada adormeció su infancia con sus perennes flores, sus bullidoras aguas, el trino de las aves que entonan cantigas de amor en los solitarios bosques de la Alhambra, y el murmullo de las fuentes de su encantado Generalife: Granada fué durante su vida la idea acariciada de su alma; Granada el númen protector que, desplegando las alas de su ingenio, prestó sublimes inspiraciones á su poética fantasía, tesoros de erudicion y de ciencia á sus poderosas facultades, haciendo que á la edad pre-

matura de solo catorce años, ya hubiese allegado un rico caudal de conocimientos, así en la historia antigua y en la bella literatura, como en las ciencias naturales y metafísicas, poseyendo con profundidad la lengua del Lacio, y comprendiendo con perfeccion la griega, la francesa y la inglesa; mereciendo que el respetable Claustro de esta Universidad literaria le confriese por aclamacion en 28 de Mayo de 1801 el grado de Bachiller en Filosofía, y en 27 de Octubre del mismo año el de Licenciado y Maestro en Artes. Cual águila que se remonta altanera á la inmensidad del espacio, para dominar de un solo golpe de vista toda una inmensa llanura, Martinez de la Rosa recorrió en breve espacio el campo de la Jurisprudencia y ciencias administrativas, mereciendo en 1804 ceñir á su frente la aureola de Doctor en Leyes, enseñoreándose su espíritu de los principales ramos del saber humano. Habia empezado á experimentar los goces del saber; habia adquirido grandes triunfos, que mas tarde aparecieron modestos al lado de entusiastas ovaciones.

Desde ese instante, seguir marcando el curso de la ciencia que atesorada en su grande entendimiento rebosaba de sus labios en raudales de arrebatadora elocuencia, sería trazar el rumbo de la corriente que se desprende de la montaña para fertilizar un extenso y dilatado valle.

Martinez de la Rosa, Señores, es el astro que sin órbita fija pasó con rapidez eléctrica delante de nosotros, dejando, no obstante, comprender su lucidez y magnitud la difusion luminosa que señala su majestuosa carrera. Las nobles figuras de los Agreda y Suarez, de Fray Luis y Hurtado de Mendoza parecian levantarse de sus féretros para saludar alborozadas al nuevo campeon de la literatura española.

Si como discípulo habia arrebatado la admiracion y el aprecio de sus contemporáneos, su voz autorizada y elocuente desde la Cátedra de Ética, que obtuvo por oposicion en 17 de Abril de 1805, las difíciles é importantes comisiones confiadas á su prudencia y capacidad, sus conferencias literarias y las inmensas producciones que

brotaron de su pluma, como escritor didáctico, como poeta lírico y dramático y como gran pensador político, vinieron á consagrar su reputacion, dilatándola en la Península, llevándola en alas de la fama á las naciones extranjeras, conquistándole así un honroso puesto entre los sabios que ha producido nuestro siglo.

Su estilo dulce, natural y cadencioso, notable por la pureza y clasicismo de la frase, por la pulidez y galanura del lenguaje, por la belleza y sublimidad de las imágenes, ofrece brillantes y acabados modelos en todo género de literatura. Su *Arte poética*, en que se ostenta digno émulo de Horacio y de Boileau, sus *Fragments del Pelayo* y el *Canto á Zaragoza*, ricos en imágenes, en cadencia y valentía, son excelentes. La *Epístola al Excmo. Sr. Duque de Rivas* desde las tristes márgenes del Sena, es el eco fiel de la tristeza que oprime un alma, que no puede ofrecer otro lenitivo á la amistad sino su misma tortura; es la sublimidad del infortunio bendiciendo el llanto, como un don del cielo, que apacigua los males de la vida, cual aplacan las lluvias al mar tempestuoso; es la expresion de la ternura y sinceridad que guardaba su corazon ajeno al hálito emponzoñado de mezquinas pasiones. Su *Recuerdo de la Patria*, lleno de sublimidad é inspiracion, rebosa cada línea su amor nunca desmentido á esta grandiosa y monumental Ciudad; ese sentimiento divino que no lograron extinguir ni oscurecer en su pecho el estruendo de la orgullosa Albion, ni las ruinas de Pompeya, ni los restos de Herculano; fuego sacro, que brotando del corazon á los labios, hacíale cantar dirigiéndose á Granada:

»En las ásperas costas africanas
 Al náufrago inhumanas,
 Yo tu sagrado nombre repetia;
 Y las inquietas olas
 Llevábanlo á las costas españolas.
 En el polo apartado
 Oyólo de mi labio el mar furioso
 Por el teson del Bátavo enfrenado;

Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,
 El alto Pirineo, el Apenino,
 Y del Vesubio ardiente
 En el cóncavo hueco
 Por vez primera repitiólo el eco.”

Sus obras dramáticas, en que brilla al lado de Lope de Vega, Moratin y Quevedo, ya por la fluidez y naturalidad de la versificación, ora por la novedad é interés del pensamiento, justifican los lauros que ciñe á sus sienas como restaurador del buen gusto en nuestro teatro. *La Viuda de Padilla*, *Moraima*, *El Abenhumeja* y *El Español en Venecia*, obras de accion animada, de interesantes situaciones y de versificación fácil y melodiosa; *La Hija en casa y la Madre en la máscara*, notable no solo por su poesía, sino mas por la idea tan moral y civilizadora que se propone insculpir en el corazon del público; *La Conjuracion de Venecia*, drama que á la vez de un profundo ingenio, revela el vasto conocimiento que el autor poseia del corazon humano; *El Edipo*, digna reproduccion en el habla castellana, de la sencillez severa y fatalismo del drama de Sófocles, revelan la imaginacion oriental de Martinez de la Rosa, y esas dotes que caracterizan á un eminente vate, á un digno caudillo de la república de las letras.

Rica é inmensa es además la herencia que nos ha legado ese esclarecido talento, como publicista y erudito. *El Espíritu del siglo*, esa obra fruto de sus profundas meditaciones, es el magnífico cuadro donde á grandes rasgos, pero con vivos coloridos y precision matemática, ha delineado la época y el lugar de las revoluciones que trastornaron la Europa, elevándose á la altura de los Thiers y Mignet. Su *Ensayo sobre la revolucion de España*, desde su insurreccion hasta la instalacion de la primera regencia; y su *Bosquejo histórico de la vida del héroe del siglo XV, Hernan Perez del Pulgar*, dejan comprender el inmenso dominio que ejercia sobre el campo de la Historia, por la multitud de notas y apéndices con que enriquece tan concienzudo trabajo.

Faltaba solo, Señores, á Martinez de la Rosa, para terminar la auréola de su ciencia, una de esas humildes cuanto fragrantés flores que brotan en el ameno campo de la moral cristiana; y su obrita titulada *El libro de los niños* es la modesta violeta cuyo perfume inunda la inmensidad; es el pequeño grano de mostaza que el labrador deposita en la tierra, y germina y crece con lozana vegetación hasta formar el árbol gigantesco cuyas ramas parecen penetrar los cielos, para mezclar la fragancia de sus flores con las sublimes armonías de los angélicos espíritus.

Señores, ese laurel sería por sí solo bastante á inmortalizar la memoria del ilustre Martinez de la Rosa.

Hay una edad en la vida del hombre cuya belleza y hermosura solo es comparable á la apacible tranquilidad del lago que refleja en su cristal toda la magnificencia de los cielos; ó al árbol que ostenta bajo un cielo primaveral su pomposa corona de flores; ó al manantial que corre entre arenas de oro, retratando en sus ondas la belleza de sus márgenes; ó mas bien, á la sonrisa del ángel. Es, Señores, la edad de la niñez, esos momentos supremos en que el alma despliega su actividad y energía, como la flor derrama su perfume al abrir su matizada corola; edad en que comienzan á desarrollarse los instintos de sociabilidad, de conservación y amor á la primera causa; edad en que las sensaciones dejan tan honda huella en el espíritu, que su recuerdo vive siempre con el hombre, formando su carácter distintivo; edad, en suma, en que el niño principia á cultivar su inteligencia y su corazón, para adquirir ese conjunto de cualidades exquisitas, suaves y delicadas, que han de hacerle un día hombre moral y civilizado.

Martinez de la Rosa habia comprendido que del elemento religioso surgen las leyes del mundo social, y los principios de nuestra felicidad personal: sabia que el corazón de la infancia es una tierra vírgen, donde depositada la buena semilla, produce fruto centuplicado; y ansioso del engrandecimiento y bienestar de su patria querida, comprendiendo que para realizarlo era necesario crear una nueva generación, levantó ese monumento imperecedero, dedicado á des-

pertar á un mismo tiempo en la mente del delicado infante la idea de la virtud, el instinto del buen gusto, el sentimiento religioso y el amor de la patria, como base y fundamento de toda humana moralidad.

Loor, Señores, al genio que abrigó tan gigantesca idea; prez al sabio eminente á quien hoy rinde tributo de veneracion y respeto todo amante de las bellas letras; lauro inmarcesible al héroe, que enalteciendo su nacion, supo trasmitir á los suyos un nombre cubierto de inmortalidad y de gloria. Justo fué que cualidades tan superiores, dotes tan relevantes le llevaran, aun siendo muy jóven, al desempeño de los mas elevados cargos de la Nacion.

Señores: una nueva página pudiera presentaros en la vida de Martinez de la Rosa; página que tambien tiene sus glorias, sus arcos de triunfo, y sobre todo, la sublimidad y el heroismo del martirio. Es la página que encierra su encumbramiento y sus vicisitudes políticas. Es la página que recuerda al jóven Diputado de las Constituyentes de Cádiz; al ilustre proscrito del Peñon de la Gomera; al sabio Consejero, buscado en momentos críticos por Fernando VII para confiarle la formacion y Presidencia de un Ministerio. Es la página que recuerda al digno ciudadano, que á los dos años de ser aclamado como la personificacion del sistema representativo, era buscado en momentos de exaltacion patriótica, en nombre de esa misma causa, para ser herido de muerte. Es la página que presenta á Martinez de la Rosa en todas las legislaturas, desde el 43 hasta nuestros dias, cual uno de los mas esforzados adalides de la elocuencia parlamentaria, por su acento simpático, su entonacion melodiosa, su galanura en el decir, sus calificaciones inspiradas é imprevistas, su lógica inflexible y contundente, y esas fórmulas breves, pero profundas, que deslumbraban con su brillantez, que arrebatában, primero un aplauso, despues la conviccion, luego la obra.

Es la página que nos le ofrece ya representando nuestra Nacion ante la Córte de Francia; ora como nuestro Embajador en Roma prestando importantes servicios á la Santa Sede en la revolucion

que affigió el 41 la capital del Orbe Católico; bien ilustrando las decisiones del Consejo de Estado como su Vicepresidente, con el inmenso caudal de principios sociales, que su estudio no interrumpido y una larga experiencia habíanle hecho comprender. Es, en suma, la página que recuerda su vida de hombre público. Pero, Señores, ajeno yo á ese mar tempestuoso de la política, cuyas agitadas olas turban la inteligencia, y cuyo aire envenena el corazón, mis apreciaciones serian quizá inexactas; en vano intentaria bosquejar una de esas escenas; no hallaria pincel bastante delicado, ni colores suficientemente vivos para formar el contorno. Permitidme, sí, decir que Martinez de la Rosa amó con delirio la independencia de su patria, dispuesto siempre á derramar su sangre en defensa del Trono y de la Monarquía; comprendió las necesidades de su época, y anhelaba sacrificarse para satisfacerlas; sabia que la humanidad (como ha dicho un escritor contemporáneo) recorre diversas edades; que á medida se levanta, se desprende de las formas de una organizacion que ha envejecido, para revestirse de otras proporcionadas á su nueva situacion; que precisarla á retroceder á un pasado estrecho y limitado ya para sus evoluciones, ó excitarla á volar hácia el porvenir, mientras Dios no le haya dado alas para ello, es destruir ese noble sentimiento del progreso social, eje inmutable sobre que giran los siglos y los imperios.

Si no vió realizadas esas aspiraciones de su alma; si como inteligencia finita pudo tener decepciones y errores, tambien el sol mira su luz radiante oscurecida por la nube cenicienta; y poco despues esa luz que nada ha perdido de su esplendor é intensidad, vuelve á vivificar la naturaleza, cubriendo de matices la rosa, de verdor el campo y de sazonados frutos el árbol. Martinez de la Rosa será siempre, Señores, la noble figura, emblema de nuestras instituciones políticas; la verdadera eminencia que simbolice las glorias de nuestra literatura; las generaciones que han de venir le mirarán con mayor entusiasmo que nosotros; y siempre habrá flores, siempre habrá coronas que depositar sobre su tumba.

Señores: yo os miro, y conozco que el recuerdo de su muerte

os entristece; no, Martínez de la Rosa vive en los multiplicados elementos de civilización y de paz que inauguró en medio de los pueblos; vive en nuestros corazones; vive con una vida inmaculada, venturosa; vive, porque ciñe á sus sienes la diadema de la inmortalidad.—HE DICHO.

FRANCISCO BERMUDEZ DE CAÑAS.